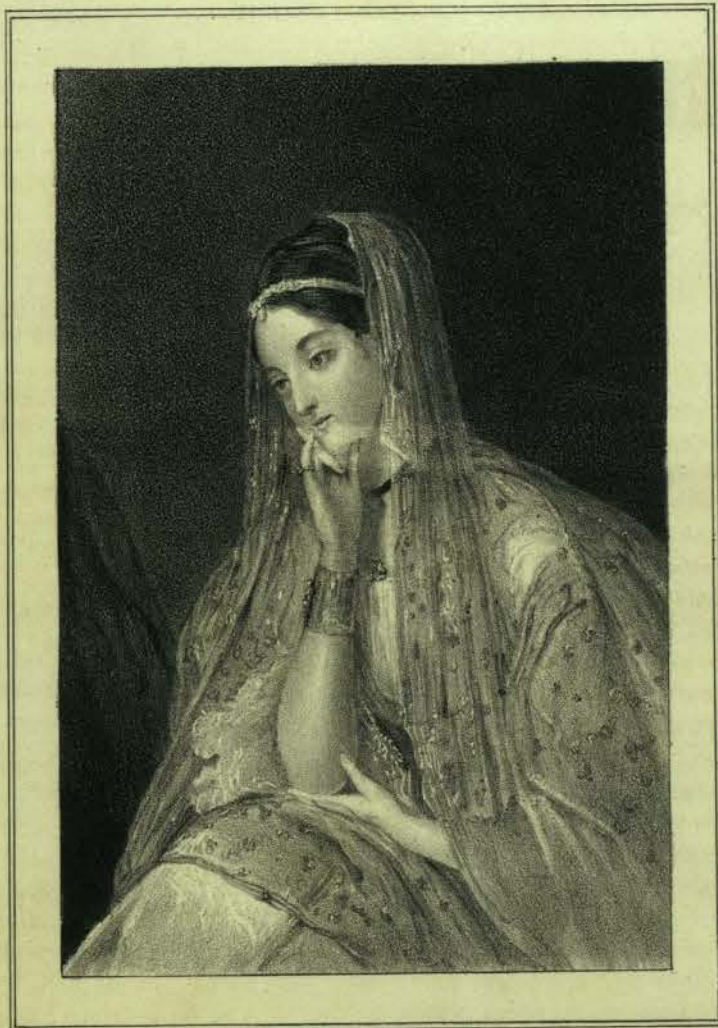


Unico Mexicano.



CECILIA.

Fuese pues la inspiracion, á galope, volando, sin volver siquiera el rostro hacia mí, pecador, y ya no escribiré de costumbres ni seré un Figaro.—¡Imposible! ¿Que quieren VV. que haga un hombre sin inspiracion?

Conténtese pues el lector con lo que le hedicho imitando el lenguaje de D. Tacton Trnmos que harta gracia hace con no continuar charlando el caritativo—ANÓNIMO.

UN RECUERDO

A MI AMIGA J...

POR UNA SEÑORITA MEXICANA.

I.

Era una tarde de agosto de 184.... el sol caminaba á su ocaso, cubriendo el cielo de nubes color de fuego: yo contemplaba este hermoso espectáculo desde mi ventana: mi alma estaba triste: hacia un año que no veía á mi amiga Cecilia, á la única depositaria de todos mis secretos: recordaba el memorable dia de nuestra separacion repentina, causada por hallarse su hermana gravemente enferma, por cuyo motivo el médico le habia ordenado mudar temperamento, y Cecilia habia tenido que seguir á su familia, con el sentimiento de alejarse de mí. Absorta en mis tristes pensamientos oigo que un coche se detenia á la puerta: un momento despues se abre la de mi gabinete y Cecilia se precipita en mis brazos anegada en lágrimas. Las espresiones de ternura que nos dirigimos, las preguntas confusas que alternamos, mezcladas de tiernas caricias, solo podrá comprenderlas quien como yo tenga una amiga íntima, tierna, á quien ame de todo corazon. Sin embargo, mi amiga no era la misma jóven alegre y festiva, que en otro tiempo me divertia con sus chistes y con su viva y animada conversacion; sus ojos estaban empañados, sus labios blancos, y en su frente pálida se veía pintada una horrible melancolia. Aquella palidez, y aquella sonrisa amarga que vagaba por sus labios, me rasgaron el corazon: no sabía á que atribuir tal mudanza en mi pobre amiga, y sin poderme contener le dije.—¿Qué tienes, Cecilia? ¿estás enferma? —Enferma! repitió con voz triste, estrechándome la mano; sí, estoy enferma.... pero mi mal no tiene remedio. Al instante comprendí lo que queria decirme: ¡es tan fácil comprender hasta

el pensamiento de los que amamos!—Amiga, continué, dime tus pesares por favor, desahoga en mi corazon la pena que aflige el tuyo. Cecilia se puso la mano en la frente, como para recordar; una lágrima rodó por sus megillas, y despues de un momento de silencio me dijo.—„Había jurado no volver á hablar de esto jamas, pero es preciso que lo sepas porque nunca te he ocultado nada.“ Se sentó á mi lado y comenzó su relacion de esta manera.

II.

Despues de quince dias de camino, llegué á P..... ya supondrás la tristeza que me acompañó, desde nuestra separacion; porque tu vista me era tan necesaria como la de mi madre; tu amor y el de mi familia formaban mi felicidad, y nada ambicionaba mi corazon sino volver á tu lado. Cuatro dias hacia que habiamos llegado á aquel triste pueblo, cuando mi tia Margarita nos convidó á un dia de campo que habia dispuesto con motivo de nuestra llegada. Era indispensable ir, y aunque no tenia humor de divertirme, me resolví á ir por complacerla. La mañana estaba hermosa, el sol brillaba en todo su esplendor, cuando nos dispusimos á partir al pequeño pueblo de L.... donde estaba preparada la fiesta. Por la noche nos condujeron á un hermoso jardin, alumbrado con vistosas lamparillas de colores colgadas de los árboles; la luna brillaba en la mitad del cielo, y las flores exhalaban su fragancia suave, mecidas por el aliento de la brisa. Una orquesta preparada de antemano sonó en aquel momento.... yo sentí en el corazon una cosa inesplicable, una

vaga melancolía que me hizo derramar una lágrima; fui á sentarme en un banco de césped que estaba distante, y miéntras que todos se entregaban á una loca alegría, yo me complacía en llorar. Los sonidos armoniosos de la música, la embalsamada atmósfera que se respiraba en aquel sitio, la luz amarillenta de la luna.... todo era hermoso, y al mismo tiempo todo iba mezclado de languidez y dulce melancolía. Sentía un horroroso vacío en el corazón, porque tu sabes que nunca habia amado, y esta imperiosa necesidad, se despertó en mi alma. Quería amar, pero con delirio, con frenesí, con un amor ardiente, como mi corazón; y todos los jóvenes que me rodeaban, que hacían sonar en mis oídos palabras amorosas, eran frios, faltaba á sus ojos esa espresion que se comunica hasta nuestra alma y la enciende en un fuego divino. Yo permanecí á su lado insensible, volví los ojos y vi en torno mio á las jóvenes al lado del que amaban, felices, contentas, embriagadas de placer, adormecidas á la sombra de un porvenir de amor y de esperanzas.... Yo tambien quise amar! mi corazón aspiraba á tener celos, afecciones profundas, ardientes: necesitaba amar para poder vivir.

Sin embargo, veía á aquella multitud de jóvenes, que pasaban cerca de mí, que me miraban con ojos apasionados, y que sonreían con dulzura; pero todos eran indiferentes: mi corazón permanecía inmóvil, helado. Una hora hacia que mi frente abrasada se apoyaba en mis manos, una hora que nada veía de lo que me rodeaba, cuando me sacó de mi enagenamiento la voz de mi prima Clemencia, que se acercó á mí acompañada de un joven.—Muy triste estás, Cecilia, me dijo, ¿qué tienes? ¿por qué no has querido bailar?—No tengo nada, le respondí, nada absolutamente.—Tú me engañas, replicó; vamos, ¿no quieres que yo sea tu confidenta? ¿estás acaso enamorada?—Enamorada! repetí; no, no, puedes creerlo.—A lo que veo, dijo Clemencia, no quieres que sea yo tu amiga.—Sí, pero no tengo nada que confiarte.—Señorita, añadió el joven que la acompañaba, es imposible que el corazón de vd. no abrigue algun amor.... ¡tan joven! ¡tan bella!—Hasta entónces apenas habia fijado los ojos en él; pero su voz resonó en lo íntimo de mi corazón; y alzándolos del suelo los clavé en él respondiendo con timidez.—Crea vd. que no.—Clemencia es su amiga de vd., pues bien, ¿no quiere vd. que sea yo su amigo? replicó él.—Gracias, mil gracias, le respondí.—¿Tendrá vd. la bondad de aceptarme por compañero de baile?—Sí, prima, sí, dijo Clemencia, es preciso que

te alegres.—No tengo absolutamente gana de bailar, le respondí, escúsame de hacerlo contra mi gusto. A este tiempo se acercó otro joven á pedirla que bailase con él: Clemencia dijo en voz alta.—Alfonso, quédese vd. aquí, para hacer compañía á Cecilia; puesto que no quiere bailar no la molestaré; y luego acercándose á mí, me dijo al oído.—Solo á ti te dispenso esta confianza; no le dejaria al lado de ninguna otra joven; y sonriendo con coquetería se alejó dando la mano á su compañero, y lanzando una mirada á Alfonso, que me llenó de despecho.—Mis ojos la acompañaron con otra llena de rábía: sus últimas palabras me dejaron entrever un rayo de funesta luz.... conocí que amaba, y era amada de Alfonso.... y penetré tambien que yo le amaba! La ira, la desesperacion, los mas violentos celos se apoderaron de mi alma: ¡he aquí mis deseos cumplidos! el infierno me sugirió la idea, la necesidad de amar.... y entónces maldije mil veces al amor! Alfonso se sentó á mi lado. Cuando antes me pedía que bailase con él, y me hablaba con tanta dulzura, creí que despues continuaria con la misma amabilidad, y tuve esperanza de que sus palabras aliviarian la pena que sentía, imaginando me preguntaria el motivo de mi tristeza, supuesto que me habia brindado con su amistad: llegué á esperar.... oh! locura! delirios de una pobre muger que ama por la vez primera!.... Alfonso estaba allí.... á mi lado.... pensativo, silencioso.... ¡ni una palabra para mí!... seguía, fijos sus rasgados y espresivos ojos negros en los movimientos de Clemencia.... tal vez tenía celos.... al ménos lo deseaba ardientemente, quería que padeciera como yo.... Clemencia era fátua, su coquetería refinada me fastidió desde el primer momento.... despues.... despues.... la aborrecí de muerte. Al cabo de algun tiempo de silencio, me dijo Alfonso distraido....—¿Aun está vd. triste?—Sí, pero ¿qué importa? vd. es feliz y no debe cuidarse de las penas de los desgraciados, le respondí fuera de mí y con desprecio. El se sonrió siempre distraido y volvió á quedar en silencio. Yo temblaba de rábía; aquella indiferencia me lastimaba el corazón.... lloré.... lloré desesperada.

Quedé por un momento con la cabeza inclinada sobre el pecho, sin ver ni oír cosa alguna, anonadada, como una loca.

—Cecilia! me dijo Alfonso, con voz dulce, ya no distraido como antes, ¿qué tiene vd. por Dios? descúbrame vd. su corazón, ¿no quiere vd. ya que sea su amigo?—Nada, le respondí, no tengo nada.—Siempre nada! esto es imposi-

ble, una joven no vive sin penas; el amor.... —El amor! no, no le conozco, interrumpí con amarga sonrisa.—¿Dice vd. la verdad? replicó con interés.—La verdad, le respondí con frialdad.

Ah! que incomprendible es el corazón de una muger celosa! yo que antes ansiaba por una sola palabra suya, ahora le respondia con indiferencia, porque quería que notara mi frialdad. ¿Y qué le importaba? ¿no amaba y era amado? ¡Horrible posición la de una muger que ama sin esperanza de ser correspondida!

Clemencia volvió por fin: un rayo de alegría brilló en los ojos de Alfonso. Ella se sentó á su lado, se hablaron en voz baja, al parecer con calor; la tristeza de Alfonso desapareció enteramente. Entretanto, yo no sabia donde estaba, sentí un fuerte desvanecimiento y me pareció que iba á caer desmayada. Mi hermano por fortuna estaba frente á mí, le hice señas, y se acercó.—Me siento mala, le dije, si te parece nos retiraremos.—En efecto, estás muy pálida, me respondió, y dándome el brazo nos dispusimos á partir. Mi tia mostró mucho sentimiento por mi indisposicion, me instó para que me quedara, pues á la mañana siguiente debían partir todos; pero oponiéndome yo fuertemente; mandó poner su coche y salimos. La despedida de Clemencia fué cariñosa; sus caricias acabaron de llenarme de amargura.... era mi rival! Alfonso correspondió á mi saludo con fria política. ¡Oh! aquella noche cruel, jamas se borrará de mi memoria!

III.

Ocho meses se pasaron, pero no del mismo modo; yo veía á Alfonso todos los dias, ya en casa de mi tia, ó ya en la mia, cuando esta y Clemencia iban á visitarnos.

Alfonso me profesaba un tierno cariño; no era ya frio como ántes: me llamaba su amiga, y esto era bastante para contemplarme feliz. Todas las tardes salíamos á pasear el campo con una multitud de jóvenes alegres, Clemencia siempre me dejaba ir con Alfonso, y esta complacencia, me hacia olvidar mil veces que era mi rival y prodigarla caricias, tal vez acompañadas de una lágrima solitaria que jamas fué advertida por la bulliciosa Clemencia. Mi salud estaba muy decaída, las diarias calenturas que me daban me ponían en un estado de languidez y abatimiento insufribles: mi madre me veía padecer, pero lo atribuía á la mudanza de temperatura: por otra parte mi hermana estaba restablecida enteramente y pensaban volver muy presto aquí; y yo ansiaba morir, pero mo-

rir allí! Cuando en nuestros paseos nos alejábamos algun tanto de la alegre compañía, el me pedía con ternura la esplicacion de mi pena, y me suplicaba depositase en su pecho mi secreto. Entónces yo temblaba, mi cabeza ardia, toda mi sangre refluia hácia el corazón.... y le estrechaba la mano con fuerza convulsiva. Poco á poco calmaba esta agitacion, quedaba silenciosa, y el suspiraba.... ¿por qué? jamas lo supe: acaso mi tristeza le compadecia.... una muger melancólica, enferma y joven, inspira compasion.... sí, Alfonso me compadecia.... por que era yo joven, solo por esto.... pero yo no imploraba su compasion.... su amor, solo su amor! Entónces creí, sí; una esperanza divina me reanimó, creí advertir en Alfonso algun amor hácia mí y cierta indiferencia con respecto á mi prima.... ¡cruel engaño que me ha hecho infeliz para siempre!

Hacia algunos dias que mi espíritu estaba tranquilo, mi familia esperaba verme recobrar la salud, cuando una tarde vino Clemencia á buscarme para ir á nuestro paseo de costumbre, entró en mi cuarto con muestras de una viva alegría, y arojándose en mis brazos me dijo:—¿Qué feliz soy Cecilia! dentro de quince dias me caso.—¿Te casas? ¿Con quién? le dije con visible agitacion.—¿Cómo? pues no lo sabes? con Alfonso.—Alfonso! exclamé como herida de un rayo. A este tiempo entraron los demas compañeros de paseo, yo me senté, no podía hablar; mi pulso y mi corazón latian fuertemente; una fiebre violenta se apoderó de mí: mi madre lo advirtió y al instante me metieron en la cama. No supe de mí en diez dias, pero recuerdo que en medio de mi delirio suplicaba que no entrasen Alfonso ni Clemencia. Como veían que deliraba no me hacían caso; luego mi madre advirtió que cuando los veía se aumentaba mi mal.... pero nadie comprendió este misterio! ¡Entre todos aquellos corazones no habia uno solo que supiese adivinar las ansias del mio! Ya estaba fuera de peligro, pero siempre encerrada en mi cuarto no me dejaba ver de nadie.... en fin, los quince dias pasaron y llegó el fijado para el casamiento....

Cecilia calló un momento, sus lágrimas la impedían continuar.... yo lloraba tambien. Mañana concluirás, le dije, estás muy fatigada.—No, me replicó, tal vez mañana no tendria valor para concluir, además, es tan poco lo que queda que referir ya. Yo me callé y la pobre Cecilia continuó.

Eran las ocho de la noche, la luna brillaba entre nubecillas blanquiscas.... sus pálidos ra-

yos me hacian recordar aquella noche cruel en que le conocí, y se aumentaba mi angustia con esta memoria.

Mi madre estaba comprometida á ser la madrina de Clemencia, y salió dejándome acompañada de mi hermanita Luisa: me dijo que iba solo por estar ya empeñada su palabra, pero que sentia dejarme, por que á cada instante se temia que yo! recayese: su despedida fué distraida, me besó y se fué. Yo estaba tranquila, pero con aquella tranquilidad aparente, precursora de una tormenta horrible, mi primer cuidado fué acostar á mi hermana y quedar sola.... apagué la luz.... me senté junto á la ventana.... la luna derramaba su triste resplandor sobre mi frente pálida, marchita por una pasion devoradora.... Ya me despedia de Alfonso, ya le dirigia tiernas palabras de amor.... él no podia escucharme! De improviso un acceso de locura se apoderó de mí, un deseo único, solo, ardiente.... ¡volver á verlo! El delirio se posesiona de mi cabeza, salgo precipitada, bajo la escalera, y atravesando frenética las solitarias calles, en pocos momentos llegué á la Iglesia.... mi respiracion era la de un moribundo, mis miembros estaban penetrados de un frio glacial.... permaneci en la puerta.... Alfonso y Clemencia estaban arrodillados delante del sacerdote.... Entré silenciosa por no interrumpir con mis sollozos tan augusta ceremonia.... ¡pobre de mí! iba á verle solamente por la última vez: me senté en el último rincon mas oscuro del templo, sosteniéndome fuertemente de una columna.... mi convulsion era horrible. Cuando el sacerdote unió sus manos.... yo cerré los ojos.... y arrojé un grito prolongado y espantoso que resonó en todos los ángulos del templo y llegó á los oídos de la comitiva.—Se acercaron todos, mi pobre madre al reconocerme se arrojó hácia mí, vacilé y cai desmayada en sus brazos. Cuando volví en mí, me hallé en mi lecho rodeada de las personas que habian acompañado á mi prima.... ella y Alfonso estaban tambien, Alfonso abatido, triste, no alzaba los ojos del suelo.... mi madre me miraba y sollozaba amargamente.... parece lo habia ya comprendido todo.... ¡ay de mí! ántes pensar en Alfonso sin ser amada de él, era solo una locura.... despues era un crimen.... por que estaba ligado á otra muger para siempre!

Dos dias despues nos dispusimos á volver aquí: un momento ántes de nuestra partida estaba yo sentada en la sala, distraida, abatida y sola: un ligero ruido me hizo volver en mí.... era Alfonso! quise levantarme y huir, pero él me lo impidió, diciéndome: Cecilia, deténgase! soy muy infeliz.... ahora que estoy ligado á otra muger para siempre.... he conocido los encantos de V.... y la amo con pasion!—Silencio! le dije con voz ahogada, cubriéndome el rostro con ambas manos.... ¡oh! aquellas palabras que en otro tiempo me hubieran dado la vida.... eran ya horribles en su boca! Infeliz! al pronunciarlas, sus ojos estaban llenos de lágrimas.... le contemplé un momento con una angustia indecible.... luego tomándole de la mano le dije señalando al cielo.—Alfonso! allí nos uniremos! ahora olvídense V. de mí y.... sea feliz! los sollozos embargaron mi voz y salí de la sala. En el corredor me aguardaba mi familia, mi tia y Clemencia. Poco despues salió Alfonso, disimulando su turbacion y sus lágrimas; sin embargo, Clemencia lo advirtió y me dijo en voz baja, suspirando.—Os he hecho desgraciados sin querer!—Tú debes perdenarme le dije, que te haya arrebatado la tranquilidad.... no viviré mucho, mis padecimientos acabarán pronto..., diciendo esto, la abracé con todo mi corazon, y salimos.

Nos condujeron al carruaje todos, ménos Alfonso.... ¡jamás volveré á verlo! Hé aquí la historia de mi pasion, de una pasion que arde aún en mi pecho y que carcome lentamente mi existencia.... Aquí terminó Cecilia dejando caer la cabeza sobre mi pecho. Yo la contemplé en silencio y lloré. Su respiracion era fuerte y su frente ardía como un volcán: pasado un momento me dijo:—No puedo llorar.... he llorado tanto!.... ¿lo ves? mis ojos están secos.... ni una lágrima!.... nada! nada!

¡Pobre muger! conocí que deliraba; la levanté con trabajo y avisé á su madre.—Desgraciada!—Ya no tiene remedio! me dijo esta con amargura.—Ocho dias despues lloraba yo arrodillada ante una tumba que tenia grabada esta sencilla inscripcion.

CECILIA.

¡Tres años han pasado y no la puedo olvidar!
México 27 de diciembre de 1843.—ELLA.

LETRILLA JOCOSA.

Como el gusto y el pesar
alternan en el vivir,
en esta trova el reir
alterna con el llorar.

QUE tome un viejo ricote
jóven linda por esposa,
y que espere el Don Quijote
con su Dulcinea hermosa
un dichoso porvenir,
me dan ganas de reir.

Mas la jóven desgraciada
que gimiendo entre cerrojos
pasa la vida encerrada,
sin poder sus bellos ojos
para ver á otro hombre alzar,
me dan ganas de llorar.

Que un militar fanfarron
que entró en diez pronunciamientos,
me jure que su intencion
no fué buscar sus aumentos,
sino á la patria servir,
me dan ganas de reir.

Pero viendo que otros cien
con bandas de generales,
de la cara patria en bien,
han hecho por medios tales
gran carrera militar,
me dan ganas de llorar.

Enhambrecido aspirante
que metido á periodista
es de todo gobernante
eterno panegirista,
y lo acata cual visir,
me dan ganas de reir.

Mas el egoista enjambre
que siempre al poder inciensa,
y sin tener sed ni hambre,
habla, escribe, obra y piensa
del que manda al paladar,
me dan ganas de llorar.

Si un sátrapa en la ex-alhóndiga
de un ex-ministro de hacienda
como si fuera una albóndiga
la fortuna se merienda
que en un mes logró adquirir,
me dan ganas de reir.

Mas cuando del dos por ciento
usurero y corredor
aplican el reglamento
á un incauto labrador
que en sus garras vino á dar,
me dan ganas de llorar.

Que gran turba en movimiento
en el Carnaval se ponga,
y de sudar el tormento
con las máscaras se imponga
miéntras debiera dormir,
me dan ganas de reir.

Mas cuando, puesto entredicho
á la dramática escena,
me hace el mascaril capricho
sin ganas pedir la cena,
y sin sueño irme á acostar,
me dan ganas de llorar.

Que las calles de Plateros
de dominós y caretas,
modistas y peluqueros
llenen, y por las banquetas
no se pueda ir ni venir,
me dan ganas de reir.

Pero cuando me figuro
que ciertos deudores mios
no me han de pagar ni un duro,
porque en tales atavíos
su dinero han de gastar,
me dan ganas de llorar.

Que se anuncie alguna vez
y á los niños alborote
el Asombro de Jerez,
y con trompo y papelote
no se quieran divertir,
me dan ganas de reir.

Mas que cuando se repite
palcos y patio se llenen,
con gente no de Belchite,
y mil aplausos resuenen
para que se vuelva á echar,
me dan ganas de llorar.

Si en vez de agua de la banda
el médico á una nerviosa
oler álcali le manda,
ó que se eche una ventosa,
ó una ayuda recibir,
me dan ganas de reir.

Mas si en una indigestion
me prescribe un plan dietético,
me quita carne y jamon,
me ordena agenjos ó emético,
ó dá en que me ha de purgar,
me dan ganas de llorar.

Si un prójimo se resbala,
ó desde un balcon le mojan
frac y sombrero de gala,
ó en algun caño lo arrojan
dos mastines al reñir,
me dan ganas de reir.

Mas si de estos algun chasco
paso yo, de ira me enciendo,
como cerveza en un frasco
bulle mi sangre, y oyendo
de otros la risa estallar,
me dan ganas de llorar.

Cuando al cumplir los cincuenta,
que ya alcanzo á penas duras,
quiero reducir á cuenta
los errores y locuras
de mi agitado vivir,
me dan ganas de reir.

Pero mi error principal,
que ha sido no hacer dineros
por ser poeta, y ni un real
poder á mis herederos
cuando me muera dejar,
me dan ganas de llorar.

Cuando de poetas zafios
repaso en un cementerio
mil absurdos epítafios,
aunque en un lugar tan serio
hay tanto de que gemir,
me dan ganas de reir.

Mas al pensar que algun dia
en un sitio como aquel,
bajo de una losa fria,
con epitáfio ó sin él,
me han de llegar á enterrar,
me dan ganas de llorar.

Tan lúgubre pensamiento
y el temor de fastidiar
me dejan ya sin aliento,
y este agridulce cantar
debe ya tambien morir,
y mas si no ha hecho reir.

Que para un triste poeta
es el mayor sinsabor
que con cara de baqueta
le avise adusto lector
que ya es tiempo de callar:
es cosa para llorar.

FRANCISCO ORTEGA.

